



R. Rafael, sculp.

Litog. de Boccon.

Eva



## EVA.

Al principio crió Dios el cielo y la tierra. La nada obedeció por seis veces su voz omnipotente: los elementos de la materia salieron del no sér. y fueron creados para contenerles los inmensos espacios. El Dios, que se bastaba á sí mismo para su felicidad y para su gloria, quiso manifestarse y ser amado y adorado en sus criaturas. Estendió el firmamento como un pabellon de azul, derramando en el espacio las estrellas como una arena brillante: dió al sol una diadema de fuego, y vistió la luna con un manto de suave y deleitosa luz: trazó con su eterno compás las distancias, el curso, las órbitas de cada uno de los globos, que surcan en silencio la esfera inmensurable sin tocar ni confundirse, y señaló con su dedo su límite á los astros como á las olas del mar. Su mano arrojó sobre la faz de la tierra su manto de verdor y de flores, y con la misma vació la prisión profunda donde duerme el Océano, que tascas el freno con el furor de un cautivo, pero con la docilidad de un súbdito, y envió séres vivientes, repartidos en numerosas repúblicas, para poblar y alegrar las llanuras del aire, las aguas y los campos. Fecundó las entrañas de la tierra para que en su seno se reprodujeran todas las generaciones de las

plantas, brotando de ella en mil esmaltados colores para alimentar y deleitar á los vivientes. Mas, en medio de esta pompa magnífica de opulencia y de belleza, en este aparato encantador de goces y de placeres, el universo se parecia á un imperio sin rey, á un templo sin pontífice: aguardaba un príncipe á cuyos piés pudiese derramar la abundancia de sus tesoros, un intérprete que convirtiese en himno de adoracion y de gracias el concierto armonioso de las criaturas, y sublimase sus ciegos homenajes hasta la dignidad de un acto de amor. Así Dios acabó su obra; y el hombre, sacerdote y rey, entró en el universo.

Una palabra de mando habia producido las demás cosas, porque estas cosas, cuando mas, no podian sino obedecer á Dios sin espíritu, y publicar su gloria sin corazón. Mudos instrumentos de un artífice supremo, engrandecian y publicaban su poder infinito por el ciego impulso que aquel les habia dado, pero sin la inteligencia de la admiracion y del reconocimiento. Dios habia dicho: Hagase la luz, y la luz fué hecha. Mas para producir al hombre sale del querer de Dios una palabra de consejo, porque el hombre iba á ser dotado con el arma de la libertad moral, capaz de una fidelidad consentida y árbitro de su destino, y por esto dijo Dios: "Hagamos al hombre á nuestra imájen y semejanza, y que mande á los peces del mar, á las aves del cielo, á los animales, á toda la tierra, y á todos los reptiles que sobre ella se mueven." Y tomando un poco de barro, dió á esta obra de sus manos un soplo de vida inmortal, poniendo en ella una alma inteligente y libre. Pareció, pues, el hombre, y fué llamado Adán, porque era formado del lodo de la tierra. Hermano de los ángeles por su naturaleza espiritual, el primero de los seres visibles por la belleza de sus formas, viene á ser en cierto modo el horizonte del mundo, el cual encuentra en él un complemento y un compendio de todos sus resplandores. Hecho á imájen y semejanza de Dios, hay en su frente cierto destello de la gloria increada, y en su mirar una especie de revelacion de la eterna sabiduria. Su sonrisa es como una centella de la felicidad de los cielos; su actitud revela su superioridad sobre las demás criaturas visibles, y su corazón, tan misterioso como los espacios indefinidos de la creacion, abriga como en un abismo insondable el sentimiento de un insaciable amor, y el hambre y la sed de lo infinito. Vedle cuál vá á imprimir á la naturaleza material el sello de su propia inteligencia; debajo de sus manos desplegarán sus encantos las maravillas de las artes, como flores que se abren á los rayos del sol, y los elementos aprenderán á encorvar delante de su genio, sus fuerzas vencidas y disciplinadas. El medirá desde ese punto del espacio la magnitud y el curso de los globos resplandecientes á que alcanza su vista, y aun descubrirá

los que se ocultan detrás del polvo luminoso de otros astros: él penetrará las leyes eternas, bajo las cuales el Augusto géometra sentó las bases de su obra, como si hubiese asistido á su lado cuando las formó; y no contento con hacer tributaria á toda la naturaleza de sus necesidades y placeres, hendirá, por decirlo así, los tiempos y los espacios, para informarse de sus destinos, y arrojar un rastro de luz, no solo sobre la noche de lo pasado, sino aun sobre la noche mas oscura del porvenir; ejerciendo un cierto dominio sobre los tiempos, como una muestra de sus derechos á la inmortalidad. La misma Divinidad se dignará hablarte familiarmente, y él sostendrá sin quedar oprimido el peso de este comercio formidable, y elevando hasta él todo este mudo universo, y cubriéndole con la dignidad de su propia persona, pagará la deuda de la creacion, haciendo subir hasta el cielo el perfume de una plegaria ardiente de amor, y la alabanza pura de una vida sin mancha.

Adán, empero, se hallaba solitario todavía en la inmensidad de su imperio, del cual tomó posesion solemne, imponiendo nombres á los animales, esclavos suyos, pues por una orden divina pasaron éstos delante de él, y recibieron, cada cual según su especie, nombres adecuados á su naturaleza. Pero ninguno de ellos era igual al hombre, ni capaz de comprender sus comunicaciones, ni de responder á ellas. Algo faltaba, pues, á la plenitud de la vida de Adán, porque en efecto no estaba organizado para vivir solo, y su pensamiento y su corazón tenían necesidad de simpatías fraternales de otro pensamiento y de otro corazón, porque si es posible pasarse sin amigo en el infortunio, en que á veces se ama abismarse en la soledad de si propio, no lo es jamás en la felicidad.

Y dijo el Señor: "No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una ayuda que se le parezca." Con todo, no crió á la muger como habia criado al hombre: formóla, no de un grosero barro, sino de una materia ya purificada y ennoblecida. Infundió á Adán un profundo pero sosegado sueño; y de esta dura cubierta que abriga y protege al corazón, separó un hueso, y de él hizo la muger, porque él es autor de la vida, así como es árbitro de la muerte. La materia, obediente, se redondea bajo sus dedos divinos, y la misma nada palpita y se anima bajo su soplo creador. Así, para significar sin duda que la muger sería la compañera de honor, y no la esclava ni la tirana del hombre, el Criador la formó de un hueso tomado de esta region del cuerpo en donde late el órgano de los sentimientos generosos, especie de santuario habitado por todo cuanto el hombre ama y respeta, é inaccesible á cuanto el hombre desprecia ó aborrece.

Cuando de esta manera hubo Dios edificado la muger de la cosilla de Adán, conservando la expresion de la Escritura, para pintar por este estilo

grandioso y severo todas las admirables proporciones y orden magnífico que en la muger resaltan; cuando hubo acabado de formar la nueva criatura, igualmente hecha á su imájen y semejanza, la llevó delante de Adán. Presentóse por primera vez á los ojos de nuestro primer padre pura y graciosa como una fresca mañana de Abril, decorada con los albores del día y con los perfumes de la tierra: su inocencia igualaba á su belleza, porque ningun desórden habia alterado todavía las obras de Dios, ni convertido en peligro su sencillez inmaculada. Una modestia virginal la cubria como una gasa transparente, y su mirada se fijaba con candor y timidez. Un sentimiento interior le inspiraba que debía dejar al hombre el derecho de buscarla, y que no debía ser ella la primera en pedir. Su tez sonrosada hacia olvidar los vivos tintes de la aurora, y su voz sonaba mas dulce que el gorgceo de las aves y el blando susurro de los céfiros. Adán salió del sueño estático, durante el cual su alma, por el contacto de una luz celeste, habia contemplado lo que Dios hacia: reconocióse en la muger como en una bella mitad de sí mismo, y los tiempos futuros recorrieron su velo á los ojos del hombre, el cual pronunció estas palabras llenas de ciencia y de misterio: "Ved ahí ahora el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; ella tendrá un nombre que indique al hombre, porque del hombre fué sacada. Por esto, añade el Señor, ya sea por sí mismo, ya sea por boca de Adán, el hombre dejará á su padre y á su madre, y se reunirá á su muger, y serán dos en una misma carne." Así quedó contratada y establecida por inspiracion, y á la presencia de Dios, la union del hombre y de la muger, dulce comunidad de pensamientos y afectos, reflejo de la union eterna, que hace la felicidad de las divinas personas, é imájen profética de las augustas nupcias que el Verbo debía celebrar un día con la naturaleza humana. De esta manera recibió el matrimonio ya desde su origen un carácter de unidad y de indisolubilidad, por el cual se sustrae de la tenebrosa condicion á que quisieran sujetarle el grosero imperio de los sentidos ó las miras interesadas del egoísmo; aspirando á la dignidad ó al mérito de un acto religioso, y á la sublimidad de un tierno y delicado sacrificio. Despojándole de este doble sello que le consagra y robustece, los pueblos paganos lo habian degradado en la legislacion y envilecido en las costumbres. La religion cristiana le ha restituido sus condiciones primitivas de pureza y de gloria; y la Europa culta, á pesar de haber presenciado con escándalo de la civilizacion y de la moral algunas tentativas siniestras, no permitiría que se le desheredase públicamente de los derechos que ha reconquistado.

De pues de haber bendecido Dios al hombre y á la muger, comunicó

les la fecundidad, gloriosa emanacion de su virtud creatriz, y constituyó en algun modo el dote del primer matrimonio. "Creced, dijo, y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; mandad á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra." Y señalóles despues por alimento las yerbas y las frutas de los árboles. Concretándonos á lo literal del testo bíblico, y mas aún aplicando sus palabras al permiso que dió Dios á Noé despues del diluvio, de comer la carne de los animales; podria pensarse que al principio la raza humana no vivia sino de legumbres, de plantas, de raíces, de granos y de frutos. Esto no quiere decir que ya desde un principio no estuviere ella organizada para alimentarse tambien de carne; supone si únicamente que los seres no están obligados á ejercer todas sus funciones siempre y en todas partes. La dichosa fecundidad de la tierra, el sabor de las plantas y de los frutos, la robustez de los primeros hombres, quizás la rareza de los animales y la necesidad de su reproduccion; todo explica el motivo de aquella abstencion impuesta á las antiguas edades. Nadie ignora, de otra parte, que los pueblos han guardado el recuerdo de una vida sencilla y frugal, cuya existencia colocan en el origen del mundo: sus lirás han cantado en armoniosos metros la sobriedad de nuestros abuelos que, no comiendo mas de lo necesario para sostenerse, se contentaban con viandas sin condimento que la rica y sometida naturaleza derramaba á sus piés.

Vió Dios que todo cuanto habia hecho era bueno, ó lo que es lo mismo, aprobó su obra y se complació en ella; y como todos los seres, tan diferentes entre sí, no traspasaban los límites naturales de sus respectivas facultades, reinaban en el inmenso conjunto de la creacion el equilibrio y la armonia. La naturaleza entera parecia sonreir al hombre como á su Señor, el cielo estaba en una serenidad perpétua: el trabajo lejos de ser una fatiga era un placer; los animales se doblaban dóciles á las órdenes de su rey: y como el alma obedecia á Dios con fidelidad, ejercia un fácil imperio sobre el cuerpo su compañero y súbdito: todo se movia según el plan trazado por la sabiduria del Criador. Pero esta paz si bien no fué de larga duracion, dejó trazas indelebles en la memoria de los pueblos, los cuales, como proscritos que recuerdan en el destierro los goces perdidos de la patria, todos han suspirado y han consagrado cantos á esta edad de inocencia y de felicidad á la que llamaron la edad de oro. Solamente el sensualismo les hizo olvidar ó desconocer las mayores muestras de orden que Dios habia impreso á su obra; pues casi no saben pintar sino las dulces y apacibles estaciones, los animales pacíficos bajo la mano del hombre, la tierra dando sus productos sin cultivo: anaden algunas á este cuadro cier-

tos rasgos ó caracteres de la bondad moral que decoraba el naciente mundo, como la sencillez y frugalidad de las comidas y la moderación en los deseos, y aquella equidad natural, de la que se lamentaban que la vida pastoral no conservase sino un débil vestigio, á pesar de la sencillez de sus costumbres. Mas escapa á su penetración la parte mas grave é importante de aquella simplicidad primitiva; porque se halla fuera del alcance de su inteligencia que solo pudo beber en corrientes turbias y lateradas la pura verdad de la tradición primitiva; y no alcanzaba á comprender en qué podia consistir la dignidad y la perfección del hombre al salir de las manos augustas del Criador.

La Biblia, empero, por el contrario, partiendo del carácter asombroso del actual desórden, nos revela el órden infelizmente desvanecido por medio de la señal mas espresiva, cuando nos dice que el cuerpo humano revestido de santidad carecia del vergonzoso oprobio de su propia rebeldia. Los dos, dice, estaban desnudos y no se avergonzaban. En su origen, nada debió hacer bajar en la confusion la augusta mirada del hombre: el pudor, asi como el arrepentimiento, es la virtud de una naturaleza vulnerable é invulnerable; el pudor es como un velo que el alma estiende sobre sus ruinas.

El hombre y la muger, creados en la edad perfecta de la vida, ricos con los dones de la naturaleza y de la gracia, fueron transportados al Eden, ó Paraíso terrestre. No está fija la opinion de los autores acerca de la situación de este jardin encantado; y en esta divergencia de pareceres, unos le colocan en la Armenia, otros en la Palestina, otros por fin en las llanuras de la Caldea. Pero lo cierto es que debe colocarse en Asia, en aquellas regiones en que sobre ruinas amontonadas por las guerras y los siglos, y á pesar de los cambios que han trastornado el globo y alterado las estaciones, admira aún el viajero los ejemplos de asombrosa fertilidad, sitios verdaderamente maravillosos, y un cielo puro y lleno de esos ardientes y lucidos tintes, de los cuales ofrecen un reflejo, bien que frío y pálido, las suaves regiones del Mediodia.

Moisés hace del Paraíso terrestre esta discipcion en el 2.º capitulo del Génesis: "El Señor Dios habia plantado desde el principio un paraíso (ó jardin) de delicias, en el cual puso al hombre que habia criado. Y brotaba desde el delicioso lugar un rio para regar el Paraíso, y que fuera de él se dividia en cuatro brazos. El uno se llamaba Phison, el mismo que circunva todo el pais Hevilath, de donde viene el oro. Y el oro de aquel pais es muy precioso, y allí se halla tambien el Bdelion y la piedra de Onyx, y el segundo rio se llama Gehon, y es el que rodea todo el pais

de Etiopia. El nombre del tercer rio es Tigris, que pasa por la tierra de los asirios, y el cuarto es el Eufrates. En tan ameno lugar, pues, puso Dios al hombre para que lo cultivase y lo guardase."

Parémonos un momento sobre esta indicación del historiador hebreo. A pesar de la gran catástrofe del diluvio, y de tantas otras revoluciones acontecidas en la superficie del globo, los paisés regados por el Tigris y el Eufrates han sido siempre y son aun en el dia, los mas amenos, fértiles y hermosos, segun el testimonio de Diodoro Ciculo, Q. Curcio, Tournefort, Procopio y Jenofonte. Es muy fácil de conocer el Phison por las circunstancias con que Moisés lo caracteriza. Allí está tambien el Bdelion y la piedra de Onyx. El pais de Helvilath, es la misma Arabia, como nos lo dice Josefo, region célebre por la belleza y abundancia del oro que producía. David dice en sus cánticos, que se ofrecerá al Mesías oro de Arabia, pais de rica fecundidad en oro, perlas y piedras preciosas. El Phison, pues, es aquel brazo del Eufrates que desagua en el golfo pérsico, así como el segundo rio, al cual dá Moisés el nombre de Gehon, es el que rodea el pais de Chus, ó sea, como lo traduce la vulgata, el pais de Etiopia. Y reconociendo todos los geógrafos que el Chusistan es la tierra de Chus, y que esta provincia forma la longitud del brazo oriental del Eufrates, preciso es concluir que el rio, conservado aun hoy dia, es el que designó Moisés treinta y cuatro siglos hace con el nombre de Gehon. El tercer rio del Paraíso terrestre es el Tigris, que segun Moisés, recorre la Asiria, y es de notar que este rio pasa aun en el dia por el mismo pais que llevó su nombre. El cuarto rio es el Eufrates, al cual no dá distintivo alguno el sagrado historiador, por ser muy vecino y conocido de los hebreos, cuyos padres habitaron el pais que riegan sus caudalosas corrientes.

A la luz, pues, de la historia y de los vestigios de antiguas tradiciones, confirmadas en parte por el estado geográfico de nuestra época, hallamos una region en el mas bello clima y en el mas hermoso y rico pais del mundo. Vémosla regada por un rio, partido en dos brazos superiores y dos brazos inferiores; y atendida la inmensa distancia de los siglos y los sacudimientos del globo, nadie puede negar en los paisés por donde pasan aquellos cuatro brazos, las señales con que Moisés los caracteriza.

La palabra *Eden*, en las lenguas orientales, significa genericamente un lugar agradable y fértil; un pais de abundancia y de delicias: es un nombre apelativo que se ha dado á varias regiones de la rica y voluptuosa Asia. El Tigris y el Eufrates son dos rios célebres y muy conocidos; y si bien en cuanto al Phison y al Gehon han andado algo discordes los pareceres de los sabios, todos han reconocido la verdad de la narración del

historiador sagrado, á pesar de los varios sistemas mas ó menos admisibles para fijar la verdadera situación del Paraíso terrenal.

El Eden, pues, habia sido plantado desde el principio, y en él se encontraban toda especie de árboles bellos á la vista, y toda suerte de frutos grátos al paladar: regábale un manantial abundante, que se dividía despues en cuatro rios. El verdor, las flores y los perfumes, la pureza de la luz y de los cielos que recreaban los sentidos del hombre, eran como la imájen de los goces superiores en que vivía su alma. No conocia aun la desobediencia ni la desgracia, puesto como custodio del terrenal paraíso, trabajaba en él por complacencia, y no con dolorosa fatiga. ¡Ay! tanto el jardín como la felicidad desaparecieron. Del uno quedan algunos vestigios en la magnífica y rica naturaleza de Oriente: del otro no hemos guardado mas que un melancólico recuerdo, que nada puede debilitar ni abolir: seméjante al viajero que en las santuosas ruinas de Athenas ó de Palmira contempla con profunda tristeza la opulencia y el orgullo de aquellas dos famosas ciudades.

El sublime cantor del Eden traza una pintura tan bella como animada de la esposa de Adán, cuando se presentó por primera vez á los ávidos ojos del monarca de los abismos, que habia atravesado el caos y la creacion para ir en busca de los afortunados esposos. Divisó asombrado dos séres mas nobles que las demas criaturas. La majestad de su porte, su frente elevada hácia el cielo y la pureza de que estaban revestidos, parecia conferirles el derecho de reinar sobre el universo cuyo cetro empuñaban. En sus divinas miradas brillaba la imájen del Criador, la verdad, la razon, la sabiduría, una santidad severa y pura, temperada por aquel aire de moderacion y de rectitud que tan bellamente caracteriza á los reyes.

Notábase, sin embargo, entre ellos alguna desigualdad que les daba ventajas reciprocas. El uno estaba formado para la contemplacion y el valor, la otra para la dulzura y las gracias: ésta para Dios solo, aquella para Dios y para el hombre. La frente despejada y la vista majestuosa del primero indican la superioridad: sus cabellos de jacinto, dividiéndose sobre su frente, cuclgan noblemente ensortijados por uno y otro lado, pero sin fluctuar sobre sus largas espaldas. Su compañera, por el contrario, deja caer como un velo de oro sus trenzas sobre su cintura, donde forman caprichosos anillos, así como la encorvada cepa sus tiernos vástagos al rededor del frágil tronco, simbolo de la sujecion en que nació nuestra madre; y de la necesidad que tiene de un apoyo. Su corazón, obediendo á la suave ley de la naturaleza, se adhería á su esposo, cautivándole por la sumision, y haciéndose amar de él por su modestia. El

ojo no tenia que retirarse de objeto alguno, todas sus miradas eran de inocencia; no estaban ocultas las misteriosas obras de la naturaleza, y el culpable rubor les era desconocido.

¡Oh rubor, hijo infeliz de la culpa! ¡cuántas turbaciones introduces en la vida del hombre, obligándole á tomar las apariencias de una falsa pureza! ¡tú desterraste la mayor felicidad de sus dias, la sencillez y la inocencia! Nuestros primeros padres no habian advertido su desnudez, no se ruborizaban á la presencia de Dios ni de los ángeles, porque no tenian conocimiento del mal.

Así camiaaba, dándose los dos la mano, este matrimonio el mas asombroso que unió el fuego del amor: Adán, el mejor de los hombres que existieron despues; y Eva, la mas hermosa de cuantas mugeres engendraron sus hijas.

Despues de haber cenado deliciosamente, los dos esposos á la orilla de una fuente, y bajo la sombra regalada, se prodigan las mútuas caricias de un amor, á la vez inocente y ardoroso: la llama de su amor era pura y brillante como el azul de un cielo estrellado; carecian aun del triste privilegio de buscar un placer engañoso y fugitivo entre las fatigosas tormentas del corazón. Un amor de ángeles unia aquellos dos jóvenes esposos como dos inteligencias, como dos serafines revestidos de un cuerpo como de un velo de candor.

Entre tanto, Satanás, encubierto bajo la figura de uno de tantos animales que jugueteaban en torno de sus señores, contemplaba aquellas criaturas afortunadas, casi con ternura sofocada por la sed infernal de su perdicion. Y mientras maquinaba su ruina, entre tanto los dos esposos se comunican apaciblemente sus ideas de reconocimiento y obediencia al Criador, y sus amorosos sentimientos. Y en medio de tantas imágenes, todas bellas, Eva recuerda á su esposo el dia en que fué formada; aquel dia, dice, en que saliendo del primer sueño me quedé atónita muellemente recostada sobre un lecho esmaltado de flores á la sombra de una frondosidad deleitosa, sin saber dónde estaba, quién era, ni cómo habia sido traída á este sitio. No lejos de allí percibía el murmullo de un arroyo que salía de la cavidad de un peñasco, derramándose despues y formando una llanura de liquido cristal que reflejaba los espacios celestes. A ella corrí desde luego, y como nada sabia, me incliné sobre el matizado borde de aquel lago cristalino, en donde me pareció ver otro cielo: percibí al momento una figura que se inclinaba tambien hácia mí. Huí asustada, y luego tambien ella: alargué otra vez la cabeza, y volvió á acercarse, como llevadas las dos de una dulce simpatía de encanto y de amor. Y aun quizás gozaria de aquella ilusion, si no hubiese oído una

voz en el desierto, que me dijo: "Tú, bella criatura, tú misma eres el objeto que ves: contigo huye y vuelve á aparecer; pero sígueme, y te conduciré donde no burlará tus abrazos una sombra vana, y donde hallarás á aquel cuya imagen eres. Tuayo será siempre; le darás una multitud de hijos, semejantes á tí, y serás llamada la madre del género humano." "¿Qué habia de hacer yo! seguir á mi conductor por un impulso invisible." Te divisé á la sombra de un plátano: bello y majestuoso me pareciste; sin embargo, hallé tu hermosura no tan dulce y seductora como la de la imagen fugitiva que habia visto dentro del agua. Quería huir, pero tú me seguiste, y levantando tu voz en medio de la soledad: "Detente, me dijiste, Eva agraciada, vuelve, ¿sabes de quién huyes? ¿Temes unirse con aquel cuya carne y hueso eres tú misma? Saliste de una parte muy cercana á mi corazón, y á mi lado debes estar eternamente. Mitad querida de mí mismo, ven á ser el embeleso de mi vida, yo te reclamo como á mi otra mitad." Entonces me tomaste dulcemente la mano y te seguí, y conocí despues que la fuerza y la subiduría tienen una belleza mas verdadera que la hermosura con todas sus gracias.

Así habló la madre de los hombres, inclinándose medio abrazada á nuestro primer padre con miradas llenas de amor, y como poseída de un tierno abandono. La mitad de su inflamado pecho viene misteriosamente á caer bajo sus dorados y flotantes cabellos, y á rozarse con el de su esposo, el cual, embriagado de amor por la beldad y por las gracias de su misma sumision, le sonrie con aquella ternura que, sin degradar la superioridad, sabe entregarse sin reserva. Adán estrecha despues con un ósculo, tan puro como el candor, los labios fecundos de la madre de los hombres.

Despues de haber entonado el himno de la noche, y dado gracias al Señor, acuéstanse los dos jóvenes esposos sobre un lecho de flores, á gozar de las blanduras de un sueño ligero y puro como el vapor diáfano de una mañana de primavera. "Yo te saludo, esclama estasiado el cantor de Eden, yo te saludo amor conyugal, misteriosa cadena, puerta de la vida, origen fecundo de todos los vínculos de familia! Tú nos preservas de los charcos inmundos del crimen. Sobre tí llovian las bendiciones que Dios derramaba á los antiguos patriarcas, prometiéndoles mas generaciones que las estrellas del cielo. Tú sostienes siempre viva la llama del amor, de un amor santo, puro, que huye del perdido sonreír de una mercenaria infame, en esos tumultos nocturnos, donde el crimen se oculta bajo un manto de oro, acompañado del escándalo, y seguido del desprecio y del hastío."

En el Eden habia dos árboles notables entre todos los demas: tal era

el árbol de la vida, llamado así porque debía comunicar al hombre la inmortalidad, pues Dios dá la virtud de conferir sus gracias y beneficios á lo que quiere, y confia las mas eminentes calidades á las condiciones mas humildes. Habia tambien el árbol de la ciencia del bien y del mal, que tal vez se llamó con este nombre, para significar que tocando á él, contrariando la prohibicion divina, el hombre conocia todo el bien que acababa de hacer, y todo el mal que acababa de atraer sobre sí. Dios, pues, dijo al hombre: "Comerás de todos los frutos de este jardin; pero no toques el fruto de la ciencia del bien y del mal, pues el dia en que de él comieres, morirás." Y este mismo precepto se intimó tambien á la mujer. Los ciegos elementos del mundo material hacen lo que les precisa que hagan una fuerza invencible, y van hácia donde ésta les impele. Pero los espíritus deben ser gobernados por leyes que ellos pueden desatender y despreciar, porque son libres; pero que son inescusables en violarlas por el mero hecho de que pueden cumplirlas. Como árbitro absoluto, Dios puso un mandato, y como infinitamente sabio, tomó por materia de su prescripcion un objeto sensible á causa de nuestra naturaleza complexa, y como á bondad sin limites, dió una orden fácil, que hubiera hecho la vida cómoda y placentera, si no hubiese dejado de ser inocente.

La libertad, pues, hacia el mal posible, y aun algo mas, le tornó seductor: la rebelion se hizo visible; armose de un lenguaje especioso, y vino á dar su ataque al hombre inesperto. Existian otras criaturas inteligentes y libres, pero no unidas á cuerpo alguno. Dios habia ya sujetado á la prueba á todos estos puros espíritus, y muchos de ellos habian sucumbido. Como astros escapados á la fuerza que los retenia en su órbita, y abriéndose una nueva ruta en espacios desconocidos, escapáronse de las manos de Dios por una especie de huida espantosa; y el delirio falaz de su independencia convirtióse en la agitacion y en el dolor de un arrepentimiento inexorable. Tránsfugas de la luz y del amor, cayeron en las tinieblas, castigo natural de los espíritus, y en el odio, castigo el mas cruel para el corazón. Desde el fondo de su miseria, uno de estos espíritus, como hemos visto, contempló la felicidad del hombre, y se abrasó en envidia. Tomó la figura de serpiente, para mejor deslizarse hasta el corazón, á quien queria seducir, y para destruir en él de raiz y aniquilar en su origen todos aquellos goces cuyo espectáculo no podian sufrir sus ávidos ojos. No hay duda que hubiera podido ocultarse bajo cualquiera otra figura; mas como existen ciertas relaciones de analogia entre el mundo visible y el invisible, á consecuencia de esta ley seguramente, y por una disposicion de la Providencia, el tentador, en vez de presentarse bajo la forma de un animal noble y majestuoso, tomó la forma de serpiente, pues

hay cierta imagen de fraude y de cobarde perfidia en las maneras de ese reptil que camina arrastrándose, y que tan presto acaricia como mata.

Movida por el espíritu del mal, la serpiente se acerca á la mujer sin espantarla, pues los animales estaban entonces en una natural sujecion al lado de sus señores. Háblale, sin que ella lo admire, porque á pensar lo bien, un animal que despedía sonidos articulados, no podia parecer una escepcion, cuando todas las cosas nuevas aún y no conocidas, debian ser consideradas como igualmente sencillas ó prodigiosas. Y la serpiente dijo á la mujer: ¿Por qué os ha privado Dios el comer de todos los árboles del Paraíso? No se dirige de frente á Adán, temiendo ser barto fácilmente descubierto y rechazado: temia sin duda tener que luchar contra aquel carácter circunspecto, celoso de la iniciativa y prevenido por la conciencia de su fuerza contra toda extraña influencia. Dirjese á la mujer, organización delicada y viva, que se pone en juego al menor choque, al mas ligero soplo; alma propensa á las comunicaciones expansivas y á la confianza, porque tiene necesidad de apoyo; inteligencia ilustrada y dirigida por un corazón, y revestida por esto mismo de todo el encanto, pero también de toda la movilidad del sentimiento.

En vez de usar de su poder sobre la serpiente para cubrir su pregunta con el silencio y el desprecio; en vez de vengar el ultraje hecho al legislador supremo; la mujer sale de su dignidad de reina, y entra en discusión: «Comemos, dice, de todos los árboles que están en el Paraíso; pero en cuanto al árbol que hay en medio de él, Dios nos ha prohibido comer de sus frutos; ni tocarlos, por temor de que muramos.» La respuesta no era ni generosa ni leal: expresa el temor en vez del amor ó del reconocimiento, y envuelve en fórmula de duda por temor de que no muramos, ó, no sea que muramos, la amenaza explícitamente positiva del Señor: Vosotros moriréis.

Cobró aliento el tentador, y replicó: «No, no moriréis.—Dios sabe, al contrario, que el día que comiereis de ese fruto, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, sabedores del bien y del mal.» No podia mentirse con mas acento de seguridad. Entre dos palabras contradictorias, la una que venia de Dios y la otra de la serpiente, clara y fácil era la eleccion; pero la primera respiraba terror y ponía trabas, y la segunda contenía agradables promesas, y lisonjeaba los instintos de la independencia. Así es como el mal se disfraza á nuestros ojos bajo el colorido del bien, oponiendo ingeniosamente al yugo de la virtud y á la gravedad del deber, la imagen de un placer, que se parece á la libertad y á la ventura, barto semejante á esos fuegos que aparecen de noche sobre los pantanos y que atraen al viajero para poner el pié en los abismos.

La mujer se habia complacido demasiado en prestar oído á la serpiente, y habia defendido mal su corazón contra el desco y la esperanza de conocerlo todo: declaróse ya un principio de rebeldía en la region de la inteligencia, por donde acababa de pasar el orgullo. El sacudimiento se extendió hasta á los sentidos, compañeros y súbditos del alma, al modo que se observa en el semblante de los criados asomar el gozo ó pintarse la sombría tristeza que se pinta en el rostro de un amo respetado; los sentidos se hicieron á su modo sediciosos: la mujer fijó su vista en el árbol prohibido; su fruto le pareció bueno para comer, bello y agradable á los ojos, y este era el último golpe dado á una fidelidad ya desquiciada y vacilante. Los sentidos, fascinados, reaccionaron sobre el espíritu, tu que no les habia gobernado con discrecion, y el espíritu fué vencido. La mujer tomó la fruta y la comió.

Desde aquel momento la serpiente se creyó mas segura de la mujer, que de sí misma: desaparece, y la deja que aparezca ante su esposo. Esta naturaleza, ahora mismo tan débil para resistir, vá á ser muy poderosa para vencer, pues abatirá al hombre, á quien el padre de la mentira no se atreve á tantear el engañarle; porque el hombre se halla sostenido por una fereza natural al luchar con todo lo que es fuerte, y su corazón mismo le vende cuando lucha contra lo que es blando y frágil. Así, Adán fué conducido en un principio por la condescendencia mas bien que determinado por raciocinio alguno. El contristar por una negativa su sola y querida compañera, le pareció sin duda amargo y cruel: sintióse inclinado, y su corazón ablandado succumbió, arrastrando al pensamiento en la caída. Dió la mujer el fruto á su marido, el cual le comió como ella, obedeciendo á los mismos atractivos del orgullo y de la sensualidad.

Abriéronse al mismo instante los ojos de los culpables, pero no á las luces de gloria y de sabiduria que la serpiente hacia esperar; fué un despettar amargo que desvaneció las ilusorias riquezas que se habian amontonado en un sueño. La desnudez, cubierta hasta entonces por la simplicidad y el candor de la inocencia, se convirtió en una carga insostenible; y ¡cosa mas lamentable aún! esta desnudez no era mas que el resultado, ó por mejor decir, la espresion de un despojo y de una indignicia puramente espiritual. La voluntad cesó de réinar como señora en su imperio; parecióle ver marcado una especie de oprobio en las obras de Dios; y en este equilibrio trastornado reconoció su degradacion, su miseria y su infelicidad. Los dos culpables se cubrieron con hojas de higuera entrelazadas como un cenidor.

Creemos lo desagradará á nuestros lectores el ver reproducida, con el

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

bello colorido de una poesía rica y fecunda la escena que acabamos de describir. Estos fragmentos de un poemita español, escrito á últimos del siglo pasado, al paso que por su fluidez, naturalidad y viveza no podrán dejar de ser agradables aún á aquellas personas que por sus principios ó por su carácter conserven menos afición á esta clase de composiciones, dará al mismo tiempo una idea del buen gusto que dominaba ya entonces en España, aun antes de ser conocido el atrevido y caprichoso sesgo que domina en la mayor parte de las producciones de la escuela moderna.

En medio el Paraíso su guirnalda

Sobre palma y ciprés copioso estiendo

Arbol bello, que en manos de esmeralda

Lucientes pomas de carmín suspende.

Arbol funesto, á cuya umbrosa espalda

Blandida al aire su guadaña tiende

La hambrienta parca; por fatal tributo

De quien gustare el delicioso fruto.

Lo vé lejos, y tiembla; ni se atreve

A tender Eva la osustada planta;

Alza los ojos paso, y ya la mueve

Curiosidad de ver belleza tanta;

Tiembla el pecho inflamado, y lanza breve

El mal cojido aliento; ya adelanta

El pié; ¡j infeliz! ¡ay! huye: muerte, muerte

El tronco infausto entre sus hojas vierte.

Llega al árbol fatal: ¡Profeta santo!

Dame lágrimas; ay! del lloro triste

Me dá, tu lloro, el lastimado canto

En que, cautiva tu Sion, gemiste:

¿Podrán cien lenguas el eterno llanto

Decir de la natura? Tú me asiste,

Tú me esfuerza á sentir: llorad, vivientes,

Todas vais á morir, futuras gentes.

Llega debajo el árbol, cuando presta

Horrenda sierpe de la hojosa cima

Súbito se desarrolla, y vibra inhiesta

La aguda lengua que Satán anima: ¡Y

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Plega en arcos la espalda; la alta cresta

Sobre la inmensa mole se sublima:

Eva á su vista pavorida huyera

Si temior la inocencia conociera.

Del monstruo el pecho llena, y rije astuto

El vil traidor: el escudron de males

Cerca en torno al dragon con negro luto,

Quien comienza inspirado en voces tales:

“¿Por qué un ciego precepto el dulce fruto

Así os veda tocar? Sois racionales;

Sabed la razon del.” Duda el aleve,

Y con la duda á quebrantarle mueve. ¡

“¿Temeis morir? prosigue; no os asombre

Una amenaza fútil; ¡oh! bien sabe

Por qué os aterra Dios; quiere que el hombre

Bajo vil yugo á su opresor alabe:

Dioses seréis cual él; tan alto nombre,

Tan gran saber ó independencia cabe

A quien el fruto divinal percibe;

Sabed ya la razon que os lo prohíbe.

“¿Dó está la libertad? ¿el albedrío

Dó está de que os gloriais? Esclavos viles,

Esclavos os llamad, ó el señorío

Cobrad, que en vano os dieron: ó serviles

Súbditos sed, ó dioses: os lo fio,

Podéis serlo: ¡elejid!” A las gentiles

Ofertas Eva por el fruto arde

Y quiere de ser libre hacer alarde

Cual Sirio abrasador, ó el frío Arturo

Cayendo sobre el mar, su luz envia

Del olmo traspassando el toldo osuro,

Que bulliciosa mueve el aura fria;

Ora entero se mira el fulgor puro,

Ora se pierde entre la pompa umbría;

Ya mengua el disco trémulo, ya crece,

Ya en destellos se parte y desaparece.



LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Así de Eva la mente vaga incierta ;  
Ya se alienta, ya teme ; el fruto bello  
Del ramo á tronchar iba, y huyó yerta  
La mano, y yerto se le alzó el cabello :  
Otra vez, y otra torna ; ¡ ay triste ! cierta  
A nuestra eterna infamia puso el sello :  
Comió ; ¿ qué mas dire ? comió : ¿ dó arliente  
El rayo está del vengador potente ?

Comió, y al fiel Adán, que respetuoso  
Ni aun el árbol mirara, el don presenta  
Con las ofertas del traidor doloso,  
Y su temor y su esperanza alienta :  
Insta, ruega amorosa : el tierno esposo  
Cede, se rinde, y su osadía aumenta  
Mas que el dolo, el amor ; que es por su daño  
Amor mas poderoso que el engano.

La poma al labio llega, cuando al cielo  
Alzó acaso la vista, y de su mano  
Cayó el fruto perdido : un mudo yelo  
Cuajó densa la sangre al pecho issano ;  
Dos veces Eva con osado anhelo

Tornó á la mano lasa el don profano ;  
Dos veces cayó de ella, y ¡ triste suerte !  
Al fin revive para darse muerte.

Gustó la poma Adán, y el universo  
Sintió súbito el crimen : la alta esfera  
Robó entre sombras el semblante terso  
Que los globos de lumbre reverbera :  
El dormido favonio en austro adverso  
Mudó el soplo vital : de rabia fiera  
Se vistió el bruto, y su obsequioso oficio  
El orbe todo convirtió en suplicio.

Vióse desnudo Adán : la seductora  
Vióse desnuda, su candor perdido,  
Cual pisado clavel se descolora  
Doblado sobre el vástago partido :

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

La bella dulce luz encantadora,  
Rayo de luz eterna desprendido,  
¡ Ay ! se oscureció en su faz antes delicia,  
Ya maldición de la inmortal justicia.

Vióse y se avergonzó, y al bosque denso  
Corre turbado, y su ignominia esconde,  
Las venganzas templando del Inmenso,  
A quien juzgó igualarse ; mas ¡ oh ! ¿ dónde  
Dónde de Dios huirá ? Del orbe esténso

Abierto el seno vé : á su voz responde  
La muda nada en el abismo oscuro :  
Ante su faz la sombra es fuego puro.

¡ Ah ! véle, sí, de su encumbrado asiento,  
Y ardió súbito en ira ; del semblante  
Un mar corrió de fuego ; ardióse el viento,  
Las montañas ardiéron ; fulminante  
Tronó en su furia, y tembló al acento  
Bajo su pié el Olimpo vacilante ;  
Cubrióse el trono en centellantes nubes,  
Y sus rostros velaron los querubes.

Tal fué el primer crimen que manchó la tierra, y en el cual tienen su origen y su tipo todos los crímenes que posteriormente han alijido al mundo. Y en realidad, sale de todas las criaturas una voz que habla de gloria, y de placer, y nuestra curiosidad la escita, la escucha, y responde á ella. La voz blanda y agradable se reviste de armonía, y logra tener encantadas todas nuestras potencias por la dulzura de sus acentos. La necesidad del valor en resistir mentirosos halagos, la belleza de la virtud y la sancion de la ley, no tardan en parecernos destituidas de todo atractivo, de todo embeleso, de toda fuerza que sostenga nuestro espíritu ; y la sola desobediencia ha guardado para nosotros la magia de sus encantos. Rebélanse entonces los sentidos, el corazón vacila, el pensamiento se oscurece, el hombre hace una vergonzosa abdicacion de sí propio, vencido como otras veces por la sensualidad y el orgullo, semejante á una vieja encina ya desgarrada por el rayo y á la cual una postreña tempestad derriba por el lado al cual los vientos la habian inclinado cuando jóven ; pues la naturaleza humana queda herida en las facultades esenciales que la constituyen, y despojada de los maravillosos dones de la gracia, con la

que había sido originariamente enriquecida. De estas ruinas hizo Pascal inspirado por la religión, un cuadro tan elocuente como verdadero. La vista de estas ruinas centurbó la antigua ciencia. Por esto preguntaba si era un crimen el haber nacido. Ciceron hablaba del estado actual de nuestra alma como de una cosa decayida. y Pitágoras y Platón se lamentaban de que un defecto primitivo hubiese alterado y corrompido nuestras fuerzas. En una palabra, los filósofos miraban la vida presente como una expiación de una vida anterior, y los pueblos, esplicando la palabra de los sabios, buscaban el remedio á la común miseria en los sacrificios y en la efusion de sangre.

¿Y qué otra cosa pensáis que sea esa fiebre que devora nuestro siglo, si nó un fuerte y convulsivo sacudimiento de aquella primitiva dolencia que aquejó á nuestros primeros padres? El racionalismo oscurece el espíritu, y el sensualismo arrastra el corazón. Los hombres, olvidados de que toda criatura ha de gemir sobre la tierra, buscan con afán frenético una felicidad en el cumplimiento de todos sus deseos, en la satisfacción de todos sus goces: quieren ser como dioses sobre la tierra, despues de haber comido y de haberse hartado de todos los frutos vedados: las leyes de la sociedad, las santas leyes de la familia son para ellos otras tantas trabas que anhelan quebrantar, creyendo que la felicidad suprema consiste en el rompimiento absoluto de todos los lazos, y en la independencia indefinida de la razón y de la voluntad. Suenan en edades de oro cuando proyectan desquiciar el orden y las leyes, y por medio de todos los crímenes posibles intentan regenerar la humanidad.

El crimen, empero, estaba cometido en el Eden, y la justicia debía seguir su curso. Dios vino á instruir el proceso de nuestros progenitores ya caídos, y su presencia fué revelada por una forma sensible. Los culpables oyeron en el Eden su marcha como un leve ruido. Era al caer la tarde, y el hombre y la muger que se habian defendido con hojas de árbol contra sus propias miradas, se retiraron aterrados en medio de los árboles del Paraiso para sustraerse de la faz del Señor. Mas la voz del Señor los alcanza: "Adán ¿en dónde estás?" Y aun en esta palabra habia mas de compasion que de enojo, como si Dios hubiese exclamado: "Tu huida y tus temores dan á conocer tu falta. ¿De cuán elevada cumbre de gloria acabas de caer, y en qué ruina te has precipitado! Todavía resuena hoy entre los hombres un eco de aquella voz misteriosa y severa, y la oyen todos los que han obrado mal; es la voz del remordimiento. Despues de las violaciones del orden prescrito, el deber desconocido y la virtud ultrajada se levanta en la conciencia como un espectro. En vano el alma hace esfuerzos para apaciguarle, ó forceja para huir de él: la

persigue, se junta á ella para atormentarla; y si ella se retira en el lleno gote de una vida del todo sensual, como para desahar desde allí al espectro doméstico, él la agarra hasta entre los brazos del placer, y la arrojá algunas veces en sombríos y espantosos terrores, por esta vindicativa palabra: ¿En dónde estás?

Respondió Adán: "He oído en el Paraiso el ruido de vuestros pasos, y he temido porque estaba desnudo, y me he ocultado." Y dijo Dios: "¿Quién te ha dicho que estabas desnudo, si nó has comido del fruto del árbol que yo te prohibí que comieses?" El Señor se dirije auto todo al principal culpable. Adán, como mas grande y mas fuerte en su origen, fué mas ingrato en la desobediencia; pues á quien mas habré recibido, mas se lo pedirás. Replicó Adán: "La muger que me habeis dado por compañera, me ha presentado el fruto, y yo he comido." Parece que el primer hombre queria hacer subir hasta Dios la responsabilidad de su falta, como si Dios le hubiese quitado la inteligencia y la libertad, dándole una compañera, pues le dice: *la muger que me habeis dado.* A un mas; en lugar de evitar el bochorno de una confesion á la que él habia amado y voluntariamente seguido en la revuelta; en lugar de estender sobre ella la generosidad del arrepentimiento, la dejó abandonada por egoismo, y la oprimo con el peso de una cobarde acusacion: *la muger me presentó el fruto.*

Quizás pudiera decirse que en la confesion de la muger se advierte un poco mas de justicia; porque cuando fué acusada de haber arrastrado al hombre á la rebelion, y le dijo Dios: ¿Por qué obraste así? respondió ella sencillamente: "la serpiente me engañó y comí." Pero su acusacion nó importa en si aquel poderoso arrepentimiento que merece y alcanza los grandes perdones. A estas debiles almas humanas cuesta tanto el estudiar, se, el conocerse, el darse testimonio á sí mismas de sus propias debilidades! Por lo demas, si es permitido vituperarlas, es justo tambien el compadecerlas; pues mucha mayor será la fatiga que tendrán en levantarse de una caída, que la dificultad que hubieran tenido en conservarse en la integridad de su fuerza y de su elevacion.

Pronuncia por fin el juez la sentencia. Dijo á la serpiente: "Porque obraste así, serás maldita entre todos los animales de la tierra; arrastrarás por la tierra y de tierra te alimentarás." Así pues lo que era natural á la serpiente se le señaló como un recuerdo de la tentativa para la cual habia servido, y su alimento envuelto en el polvo y en el fango recordó su castigo. Y añadió Dios: "Pondré enemistades entre la muger y tú, entre su raza y la tuya: ella te hollará la cabeza, y tu te esforzarás para morder su pié." El tentador, pues, fué castigado no solamente en sí mis,

mo, sino tambien en el animal de que se habia servido como de instrumento; maldito del género humano, en vez de recibir de él los honores concedidos á los ángeles buenos: enemigo lleno de sagacidad y de malicia, pero aplastado por el hijo de la muger y sumido en el polvo en donde le redujo la victoria del Verbo encarnado, y ¡cosa singularmente notable! la mayor parte de las naciones antiguas estuvieron en la creencia de que la serpiente ocultaba algun espíritu tenebroso y malhechor, atribuyéndole facultades maravillosas, y dándole un culto inspirado por el terror; tanto duró el recuerdo de su alevosía, y tanto pudo la maldición fulminada por Dios!

“Bossuet, en sus *Elevaciones á Dios*, dice Chateaubriand, en las cuales hallamos muy á menudo al autor de las *Oraciones fúnebres*, dice, hablando de la serpiente, que los ángeles conversaban con el hombre en aquella forma que Dios permitía, y bajo la figura de animales. Eva pues no se sorprendió de oír hablar la serpiente; como tampoco le causó sorpresa el ver al mismo Dios aparecer bajo una forma sensible. Y añade Bossuet: ¿Por qué Dios hizo determinar al soberbio arcángel á parecer bajo esta forma mas bien que bajo otra alguna? Si bien no hay una necesidad de saberlo, la Escritura nos lo insinúa diciendo, que la serpiente era el mas astuto de los animales, es decir, el que representa mejor al demonio en su malicia, en sus engaños, y despues en su castigo.

“Nuestro siglo desecha con altivez todo lo que huele á maravilla; las ciencias, las artes, la religion, ya no tienen velo alguno. La serpiente ha sido con frecuencia el objeto de nuestras observaciones; y aun nos atrevemos á decir, que si nos hemos persuadido reconocer en ella aquel espíritu pernicioso y aquella sutileza de que se ha hablado en la Escritura, es porque en este incomprendible réptil todo es misterioso, todo oculto, todo asombroso. Sus movimientos se diferencian de los de los demas animales; no se sabrá decir cuál es el principio de sus mudanzas, porque no tiene aletas, ni piés, ni alas, y sin embargo, huye como una sombra, desaparece mágicamente, vuelve á aparecer y desaparece otra vez, semejante á un vapor azul, ó al resplandor de una espada en medio de las tinieblas. Unas veces se forma en círculo y vibra una lengua de fuego; otras se pone derecha sobre la estremidad de la cola: camina en una actitud perpendicular como por una especie de encanto; se arroja como un globo, se levanta y baja en figura espiral, mueve sus anillos como una onda, circula sobre las ramas de los árboles, y se vá escurriendo bajo la yerba de los prados, ó sobre la superficie de las aguas. No tenia tantos senos el laberinto, como los que deja estampados este reptil. Sus colores son tan poco determinados como su movimiento: se mudan

segun los aspectos de la luz, y tienen aquel falso brillo y aquellas variedades engañosas, propias de la seducción. Antes mas asombroso lo restante de sus costumbres: sabe echar á un lado su camisa manchada de sangre por el miedo de ser conocida, as como lo hace un hombre cuando acaba de ejecutar una muerte. Por una extraña facultad hace entrar de nuevo en su seno á los pequeños monstruos que el amor habia hecho salir de él. Ella duerme meses enteros, frecuente los sepulcros, habita lugares desconocidos; compone venenos que hielan, abrasan ó manchan el cuerpo de su víctima con los mismos colores de que ella está marcada; en una parte levanta dos cabezas amenazadoras, en otra hace sonar un cascabel; silba como una águila, y brama como un toro. Como objeto de horror ó de admiración, le profesan los hombres un aborrecimiento implacable, ó caen delante de su estatua. La mentira la invoca, la prudencia la reclama; la envidia la introduce en su corazon, y la elocuencia tiene su caduceo. En los infiernos dispone los látigos de las furias, en el cielo es símbolo de la eternidad, y posee tambien el arte de seducir á la inocencia. Sus miradas encantan á los pájaros que vagan por el aire, y bajo el helecho del pesebre sabe chupar la leche de la oveja. Sin embargo, se deja hechizar por la suavidad del sonido, y para domarla no necesita el pastor mas que su flauta.

Con un profundo conocimiento de la historia afirma Chateaubriand que la serpiente ha sido á su vez un objeto de admiracion y de horror; y no es difícil el dar la explicacion de este doble fenómeno, si nos colocamos desde el punto de vista de la tradicion católica.

En efecto, los libros santos nos hablan de un sér que siendo al principio la mas bella y la mas poderosa de las criaturas, despues de Dios, se rebeló contra él; dicen que con este motivo hubo un gran combate en el cielo, de cuyas resultas fué aquel precipitado en un abismo. Despues nos muestran á este mismo sér, derribado y caido, introduciéndose furtivamente en el jardin de Eden bajo la innoble figura de serpiente, y dirigiendo allí palabras capciosas á la primera muger; la cual, cediendo á sus péfidos consejos, desconoció la suprema autoridad de Dios, y atrajo sobre ella y sobre su raza aquella pervertida condicion, en la cual vejetamos todos, hijos desdichados de un padre bueno, pobres y débiles criaturas de un Criador, rico en magnificencia y omnipotente en fuerza.

En la China, el pueblo adora serpientes y las ofrece sacrificios. Fo-hi, tan venerado entre los chinos, está representado como una serpiente con una cabeza de hombre, y á Chin-nong, el labrador divino, se le dá una frente de dragon.

Todos los libros sagrados de los Hindus están llenos de relatos, en losi

que se hace mención de la serpiente. Sus leyendas hablan unánimemente de la sierpe misteriosa que jugaba un gran papel en el origen de los tiempos; llámasele *Ananta*, ó *Maha-Secha*. Y en un lugar del Indostan, llamado Souhra-Maniab, se halla un templo erigido en honor suyo.

Separadamente de la veneración que se tiene á esta serpiente histórica, muestran aún los brahmanes mucho respeto por una serpiente que se llama Capel cuya mardedara produce casi súbitamente la muerte. Cuando los Hindus han descubierto alguno de los escondrijos ó agujeros en dónde suelen habitar tales serpientes, corren á poner en la boca de la cuevalleche, ó frutas de plátano, y si alguno de estos terribles reptiles se introduce en sus casas, le rodean de toda especie de honores, á pesar del peligro que la presencia de semejante huésped hace correr á toda la familia. En las Indias se celebra la fiesta de Nagara-Pantchamy en honor de las serpientes.

Los egipcios empleaban la serpiente en casi todos los símbolos de la religión y de la ciencia; y según el testimonio de Elieno, la miraban como revestida de un carácter *sagrado* y *venerable*, y como poseyendo algo de *muy divino*, que no era ventajoso conocer.

En Egipto los sacerdotes representaban á Serapis, como los chinos Fo-hi, con una cabeza humana y un cuerpo de serpiente. Kneph estaba figurado bajo la forma de una culebra. El Circulo, simbolo del Ser Supremo, estaba rodeado de dos serpientes. Y una serpiente representaba al Todopoderoso.

No hay, pues, que admirarse si el simbolo de la serpiente se encontraba entre los egipcios en todas partes. Véíasele en torno del cetro de Osiris: servia de adorno á las estatuas de Ysis, y á las que rodeaban el simbolo de esta diosa se les hacian grandes honores, mirándoselas como á inmortales, y hasta se pretendia que servian para discernir el bien y el mal.

Los sacerdotes llevaban serpientes al rededor de sus birretes ó mitras, y la diadema de los Faraones estaba coronada de ellas; y así como en la India y en la Etiopia, se les levantan templos, y se veian de estos animales en todos los santuarios del Egipto.

En Africa, el culto mas popular es el de la serpiente; y todos los viajeros han visto con sorpresa las enriichosasy estravagantes particularidades por las que las tribus africanas pretenden honrar á ese reptil.

Entre los griegos, la serpiente era el simbolo de los dioses del día y de la medicina. Los atenienses mantenian una, á la cual consideraban como el dios tutelár de su ciudad. Pretendian que las serpientes tienen conocimiento de lo que ha de venir, y alimentaban algunas en sus casas, á fin de poder consultarlas en todas las circunstancias.

Los romanos daban tambien á las serpientes honores divinos. Refiere Valerio Máximo, que mientras la peste estaba desolando su ciudad, enviaron una diputación á Epidauró á fin de consultar á Esculapio. En el momento mismo en que iban á partir los embajadores, salió del templo una serpiente, y subió sobre la galera de los romanos, los cuales, despues de haberla admitido con una veneración religiosa, la condujeron á su ciudad, y le erijeron un palacio en la isla del Tiber, sobre del puente Palatho.

La historia nos manifiesta igualmente el culto de la serpiente establecido entre los barbaros del Norte, en la Lituania, la Estonia, la Livonia, la Prusia, la Curlandia, y la Samogitia.

Los Museys, tribus de la América del Norte, profesan un singular respeto á la serpiente de cascabel, á quien llaman su abuelo y progenitor.

Tampoco nos será difícil el probar la segunda asercion de Chateaubriand, de que los pueblos miraban tambien la serpiente como un sér decaído, principio del mal y artifice de los dolores que devoran á la triste y lamentable humanidad.

En China encontramos símbolos notables y evidentes de las relaciones de la serpiente con el genio del mal.

El Y-king, otro de los libros sagrados de los chinos, dice: "El dragón rebelado sufre ahora el castigo de su orgullo."

Pero ¿cuál es ese dragón misterioso de que habla la tradición china? Es el mismo del cual el Chou-King, otro libro sagrado, habla en estos términos: "Segun los antiguos documentos de nuestros antepasados, Tchi-yeou fué el primer autor de la rebelión: despues esta rebelión se extendió á todos los pueblos, y de aquí nacieron todos los crímenes."

El comentador, dice el P. Premaro, hace observar que Tchi-yeou es el gefe y el principe de los *nueve negros*, cuyo retrato hace el libro Ho-tou del modo siguiente:

"Son ochenta y ocho hermanos; tienen el cuerpo de bestia feroz, el hablar de hombres, una cabeza de bronce y una frente de hierro. Comen polvo de la tierra, son los inventores de las armas; y llenos de confianza en sus cuchillos, en sus lanzas y en sus grandes arcos, inundan de terror al mundo, y se abandonan á una crueldad desenfrenada."

El rey Rojo, dice Ven-tsee, es la calamidad del fuego; él se atribuye á sí mismo el nombre de *señor de las llamas*, y la Glosa añade: El rey Rojo es Tchi-yeou.

Tchi-yeou sublevándose encendió el fuego de los infiernos; y por este motivo se llama Ho-tsai.

El libro Po-kou-tou nos asegura que en la antigüedad habia la cos-

tumbre de esculpir sobre los vasos la imagen de Tchi-yeou, para desviar á los hombres de la disolución y de la crueldad.

Los anales Tong-kien dicen abiertamente, que Tchi-yeou es el *genio del mal*.

Por último, refiere la historia china, que en el reinado de un emperador (que vivía 140 años antes de Jesucristo) Tchi-yeou apareció en medio del día en el territorio de la ciudad de Tay-yuen (capital de la provincia de Chansi); tenía los pies de tortuga y una cabeza de serpiente. Y como atormentase á los habitantes de aquella comarca, se levantó un templo para aplacarle."

Kong-kong presenta asimismo un símbolo análogo al Tchi-yeou. Es el impostor y el artífice del mal. El libro Kouei-tsang dice: Kong-kong tiene la cara de hombre, el cuerpo de una serpiente, y la cabellera roja: hombre y no hombre, serpiente y no serpiente, no es más que mentira y engaño.

Lo que acabamos de decir que la serpiente es considerada entre los Hindus como el símbolo del principio del mal, se halla también confirmado por el Sr. Dubois en sus *Costumbres é instituciones de los pueblos de la India*.

Tenemos una prueba que lo mismo puede decirse del Japon, pues cuando se representa la creación del mundo, se emplea la figura de un árbol en torno del cual se desliza una horrible serpiente.

El autor del *Schah-nameh*, lo mismo que los antiguos persas, identifica la imagen de la serpiente con la del genio maldéfico.

Joaquin Menant hace la observación de que, según los secuaces de Zoaroastro, los Dews, ó malos genios, se revisten alguna vez de la forma de una culebra para atormentar el mundo. Abriman, su jefe, estaba representado bajo la forma de una serpiente, y el Sr. Guigniant refiere que en el Iran, se la miraba como autora de la caída del primer hombre y de la primera muger Meschia, y Meschiane.

Entre los egipcios, Typhon, que según Benjamin Constant, representaba el principio malo, solía, como ya hemos indicado, representarse bajo la figura de una serpiente. Y si hemos de dar crédito á Elieno, Typhon tenía una forma humana, pero sus dedos y sus muslos estaban enroscados de serpientes.

Entre los griegos, hallamos á Typhon en sus más antiguas leyendas. De él se dice, que ni se parece á Dios ni á los hombres; que es horrible y monstruoso, y que es el azote más cruel de los mortales. El himno de Apolo, que se atribuye á Homero, dice que es colosal y feroz, que es destructor de los hombres y de los animales. Y por cierto que Pindaro no le pinta con más risueños colores:

"Sobre el horrible Tartaro estendido

Enemigo implacable de los dioses;

Typhon de cien cabezas, etc."

Hesiodo hace nacer á Typhon de la tierra y del profundo Tartaro:

"Por hijo postrimero

Ghea engendró á Typhon, que ella tuviera

Del tenebroso Tartaro, por medio

De la deidad dorada de Citeres.

Apolidoro, después de haber referido la lucha que Typhon, hijo del Tartaro, sostuvo contra Júpiter, el dios supremo, dice, que éste se vió obligado á arrojarle un rayo y sepultarle bajo la montaña ardiente del Etna.

"Typhon, dice el Sr. Seguier de Saint-Brisson, es el padre de todos los seres malhechores. Así es como de él y de Echidna (la víbora) nacieron la Quimera, que venció Belerofonte, el león de Nemea, el dragón que guardaba el jardín de las Hespérides, el perro Orifos que guardaba las vacas de Gerion, el águila que devoraba las entrañas de Prometeo sobre el Cáucaso, la esfinge, por fin, que proponía enigmas á las puertas de Tebas, y á la cual Edipo hizo perecer después de haberlos explicado.

La serpiente Pyton, cuyo nombre es un anagrama de la de Typhon, es seguramente uno de los símbolos más interesantes del paganismo occidental. Ovidio la llamaba serpiente desconocida, el terror de los pueblos.

En Grecia, dice el Sr. Roselly de Lorgues, el pecado ó el mal son representados por la serpiente. Apolo, hijo del gran dios, mata con sus flechas á la serpiente Pyton. Esculapio, hijo de un dios, mata la serpiente con un madero, y porque ha muerto la serpiente, Apolo es declarado dios de la Medicina, y dá á los simples sus virtudes. El descubrió el remedio de la humanidad, y su fana se estiende sobre la tierra, y como mató á la serpiente con una flecha de madera, se le pinta como á Esculapio armado con la maza, en la cual se enroscaba una serpiente. . . Pero no son solamente los males del cuerpo los que viene á curar Esculapio. Su propia estatua en el templo de Epidauró le representaba, sentado ó en pié, sobre un trono, teniendo en una mano el madero y en la otra la serpiente vencida por su divino contacto. Y por temor de que hubiese error sobre el género de curación que se le atribuía, y para que no se olvidase que él es también el médico de las almas, los bajos relieves de su trono representaban todos los misterios de la rehabilitación y de la redención futura; la destrucción del grande dragón, Belerofonte domando la Quimera, Perseo cortando la cabeza de Medusa, aquel otro nudo gor-